

De cómo se alzó Cristóbal de Olid contra Fernando Cortés.

Fué Cristóbal de Olid á Cuba, segun Cortés le mandara, y tomó en la Habana los caballos y vituallas que Contreras tenia compradas, que costaron bien caras. Costaba entonces la hanega de maíz dos pesos de oro, la de fríoles cuatro, la de garbanzos nueve, una arroba de aceite tres pesos, otra de vinagre cuatro, otra de candelas de sebo nueve, y la de jabon otros nueve, un quintal de estopa cuatro pesos, otro de hierro seis, dos pesos una riestra de ajos, una lanza un peso, un puñal tres, una espada ocho, una ballesta veinte, y el ovillo uno, una escopeta ciento, un par de zapatos otro peso de oro, un cuero de vaca doce. Ganaba un maestré de nao ochocientos pesos cada mes; y con esta carestía hizo Cortés esta y otras armadas, y en aquesta gastó treinta mil castellanos. Entre tanto que se cargaban y proveian las naos destos bastimentos y de agua y leña, se escribió y concertó con Diego Velazquez para alzar-se contra Cortés, con aquella gente armada y tierra que á cargo llevaba. Entrevinieron al concierto Juan Ruano, Andrés de Duero, el bachiller Parada, el provisor Moreno, y otros que, después de muertos Velazquez y Olid, se descubrieron. Tomó pues lo que Contreras y Diego Velazquez le dieron, y fuése á desembarcar quince leguas antes del puerto de Caballos, habiendo corrido mal tiempo y peligro; y porque llegó á 3 de mayo, llamó al pueblo que trazó Triunfo de la Cruz. Nombró por alcaldes, regidores y oficiales á los que Cortés señalara en Méjico, tomó la posesion, é hizo otros autos en nombre del Emperador y de Fernando Cortés, cuyo poder llevaba. Todo esto era, á lo que después pareció, para asegurar los parientes y criados de Cortés, y para fortalecerse muy bien y para reconocer aquella tierra; mas luego mostró odio y enemiga á Cortés y á sus cosas, y amenazaba con la horca al que algo le contradecía ó murmuraba. Prometió oficios, obispados y audiencias á muchos; y así, no habia hombre que le fuese á la mano. Dejó de enviar á descubrir el estrecho, y púsose á echar de aquella tierra y costa á Gil Gonzalez de Avila, que, como poco antes dije, estaba en ella, y tenia poblado á San Gil de Buena-Vista. Mató muchos españoles por hacerlo, y entre ellos á Gil de Avila, su sobrino, y prendió al mismo Gil Gonzalez de Avila con otros muchos, por quedarse solo en aquella tierra, que no era pobre. Cortés, como supo lo que Cristóbal de Olid habia hecho, envió á gran priesa á Francisco de las Casas con nuevos poderes y mandamientos de prendelle, en dos naos muy buenas, y bien acompañado. Cristóbal de Olid, cuando vió aquellas naos, sospechó lo que traian; metióse en dos carabelas que tenia con mucha gente para no dejarles tomar tierra, y tirábalas. Francisco de las Casas alzó una bandera de paz; mas no fué creído. Echó á la mar los bateles con muchos hombres armados para pelear y tomar tierra si hallasen entrada, y comenzó á jugar su artillería; y como en no escucharle se manifestaba la malicia y rebelion que se decia, dióse tal maña, que echó á fondo una carabela del contrario. No se ahogó la gente ni él osó arribar al puerto, ino estúvose con sus naos sobre las anclas, esperando lo que acordaba hacer Cristóbal de Olid, que luego movió partido, y era por esperar una compañía de su gen-

te que habia ido contra los de Gil Gonzalez. Entre tanto sobrevino un recio tiempo y viento, que dió con los navios de Francisco de las Casas al través en parte que muy presto fueron presos los que venian en ellos, sin derramamiento de sangre. Estuvieron tres dias sin comer y con muchas aguas y fríos; murieron cerca de cuarenta españoles. Hizoles Cristóbal de Olid jurar sobre los Evangelios, como á los de Gil Gonzalez, que le obedecerian en todo y por todo; que nunca serian contra él ni seguirian mas á Cortés; y con tanto, los soltó á todos, excepto al Francisco de las Casas, que llevó consigo á Naco, buen pueblo, que destruyeron Albitex y Cereceda. De la manera susodicha prendió Cristóbal de Olid á Francisco de las Casas, y antes, ó como dicen otros, después, á Gil Gonzalez de Avila. Como quiera que fuese, está cierto que los tuvo presos á entrambos á un mesmo tiempo y en su propia casa, y que estaba muy ufano con tan buenos prisioneros, así por la reputación y fama, como pensando haber por ellos aquella tierra libremente, y que se concertaria con Fernando Cortés. Mas avinole muy al contrario; porque Francisco de las Casas le rogó muchas veces delante todos los españoles que le soltase para ir á dar razon de sí á Cortés, pues su persona y prision le hacia poco al caso; y como siempre le respondia que no lo haria, díjole que le tuviese á recado, porque de otra manera le mataria; palabra muy recia y atrevida para hombre preso. Cristóbal de Olid, que presumia de valiente, y que le tenia sin armas y entre sus criados, no hizo caudal de aquellas amenazas. Concertáronse pues ambos prisioneros de matarle; y cenando todos tres á una mesa, otros dicen que paseándose por la sala, tomaron sendos cuchillos de servicio ó de escribanías; echóle mano por la barba Francisco de las Casas, y sin que se pudiese rebullir, le dieron muchas heridas, diciendo: «No es tiempo de sufrir mas este tirano.» Escapóseles al fin, y fuése al campo á esconder en unas chozas de indios, con pensamiento de que, venidos los suyos de cenar, ca entonces solo estaba, matarian al Francisco de las Casas y al Gil Gonzalez; pero ellos dijeron luego: «Aqui los de Cortés;» y dende á poco tuvieron sin sangre ni mucha contradicion las armas y personas de todos los españoles á su mandado; y presos algunos favorecedores de Cristóbal de Olid. Pregonáronlo, y supose dónde estaba; prendieron y hicieronle proceso, y por sentencia que entrambos á dos dieron, fué degollado públicamente en Naco, dentro de pocos dias que preso estuvo; y así, feneció su vida, por tener en poco su contrario y no tomar el consejo de su enemigo. Tras la muerte de Cristóbal de Olid gobernó la gente y tierra Francisco de las Casas y Gil Gonzalez, sin apartarse ninguno con la suya; y el Francisco de las Casas pobló la villa de Trujillo á 18 de mayo año de 25; ordenó muchas cosas cumplideras á Cortés, y volvióse á Méjico por tierra, llevando consigo á Gil Gonzalez de Avila. Tenia la audiencia de Santo Domingo autoridad del Emperador para castigar al que se descomediese y moviese guerra entre españoles en aquella tierra de las Higueras, y envió allá lo mas presto que pudo al bachiller Pedro Moreno, su fiscal, con cartas y poder; mas ya cuando llegó era muerto Cristóbal de Olid, y los matadores idos á Méjico,

co, y no pudo ni supo hacer nada; antes dicen que fué mejor mercader que juez.

De cómo salió Cortés de Méjico contra Cristóbal de Olid.

No descansaba Cortés ni cesaba de mostrar con palabras el enojo que dentro el pecho tenia de Cristóbal de Olid, por haberse alzado siendo su hechura y amigo, ni se confiaba de la diligencia de Francisco de las Casas, porque Olid tenia muchos amigos; así que determinó ir allá. Apercibe sus amigos, adereza su partida y publica su determinacion. Los oficiales del Rey le rogaron que dejase aquel viaje, pues importaba mas la seguridad de Méjico que la de Higueras, y no diese ocasion que con su ausencia se rebelasen los indios, y matasen los pocos españoles que quedaban; ca, segun entendian, no estaban muy fuera dello, porque siempre andaban llorando la muerte de sus padres, la prision de sus señores y su captiverio; y que perdiéndose Méjico, se perdía toda la tierra; y que mas le temian y acataban á él solo que á todos juntos; y que á Cristóbal de Olid, ó el tiempo ó Francisco de las Casas ó el Emperador lo castigaria. Allende desto, le dijeron que era un camino muy largo, trabajos y sin provecho, y que ir era mover guerra civil entre españoles. Cortés respondia que dejar sin castigo aquel era dar á otros ruines causa de hacer otro tanto; lo cual él tenia mucho, por haber muchos capitanes por la Nueva-España derramados, que por ventura se le desacatarian, tomando ejemplo de Cristóbal de Olid, y que harian excesos en la tierra, por do se rebelase todo, y no bastase después él ni ellos ni nadie á cobrarla. Ellos entonces le requirieron de parte del Emperador que no fuese, y el prometió que no iria sino á Cozacacoalco y otras provincias por allí rebeladas; y con tanto, se eximió de los ruegos y requerimientos, y aprestó su partida, aunque con mucho seso; porque, como dél colgaban todos los negocios y el bien ó mal de la tierra, tuvo bien que pensar y qué proveer. Ordenó muchas cosas tocantes á su gobernacion; mandó que la conversion de los indios se continuase con todo el calor posible y necesario; escribió á los concejos y encomenderos que derribasen todos los ídolos; dió repartimientos á los oficiales del Rey y á otros muchos, por no dejar á nadie descontento; dejó por sus tenientes de gobernadores á Alonso de Estrada, tesorero, y al contador Rodrigo de Albornoz, que le parecieron hombres para ello; y al licenciado Alonso Zuazo para en las cosas de justicia; y porque Gonzalo de Salazar y Peralmindez Chirino no se sintiesen de aquello, llevólos consigo. Dejó á Francisco de Solís por capitán de la artillería y alcaide de las atarazanas, y muy bien proveidos los bergantines, y muchas armas y municion, por si algo aconteciese. Acordó llevar con él todos los señores y principales de Méjico y Culúa que podian alterar la tierra y causar algun bullicio en su ausencia, y entre ellos fueron el rey Cuahutimoc, Couaucochein, señor que fué de Tezcucó; Tetepanque Zatl, señor de Tlacopan; Oquici, señor de Azcapuzalco, Xihuacoa, Tlacatlec, Mexicalcincó, hombres muy poderosos para cualquiera revolucion, estando presentes. Ordenado pues todo esto, se partió Cortés de Méjico por octubre de 1524 años, pensando que todo se haria

bien; pero todo se hizo mal, sino fué la conversion de indios, que fué grandísima y bien hecha, segun después largamente diremos.

De cómo se alzaron contra Cortés en Méjico sus tenientes.

Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz comenzaron luego en saliendo Cortés de la ciudad á tener puntillos y resabios sobre la precedencia y mando; y un dia, estando en ayuntamiento, llegaron á echar mano á las espadas sobre poner un alguacil, y poco á poco vinieron á no hacer como debian su oficio. El cabildo lo escribió á Cortés por dos ó tres veces; y como las cartas le tomaban por el camino, no proveia de remedio, mas de escribirles reprehendiéndoles su yerro y desatino, y apercibiéndolos que si no se enmendaban y conformaban, que les quitaria el cargo y los castigaria. Ellos ni aun por eso no perdian sus pasiones, antes crecian las rencillas y el odio; ca Estrada, que presumia de hijo de rey, despreciaba al Albornoz, y Albornoz, como era, presumia de tan honrado, no se dejaba hollar. Perseverando pues ellos en su discordia, y avisando á Cortés la ciudad muy apriesa para que tornase á poner remedio en aquello y á apaciguar á los vecinos, así indios como españoles, que con el alboroto de aquellos dos estaban desasosegados, acordó, por no dejar su camino y empresa, de dar al fator Gonzalo de Salazar y al veedor Peralmindez Chirino de Ubeda igual poder que los otros tenian, para que, no afrentando á ninguno, gobernasen todos cuatro. Dióles asimismo otro poder secreto para que ellos dos solos, juntamente con el licenciado Zuazo, fuesen gobernadores, revocando y suspendiendo al Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz, si les parecia que convenia, y los castigasen si tenian culpa. Deste poder secreto que Cortés les dió á buena fin, resultó gran odio y revueltas entre los oficiales del Rey, y nació una guerra civil, en que murieron hartos españoles, y estuvo Méjico para perderse. Salazar y Chirino tomaron los poderes y ciertas instrucciones; despidiéronse de Cortés en la villa del Espíritu Santo, aunque no en la gracia, y volviéronse á Méjico. No curaron de gobernar juntamente con los otros, sino solos; hicieron su pesquisa é informacion contra ellos, y prendiéronlos. Enviaron preso al licenciado Alonso Zuazo, encima de una acémila y con grillos y cadena á la Veracruz, para que allí le metiesen en una nao y le llevasen á Cuba á dar cuenta de cierta residencia; y tras esto, hicieron otras cosas peores que Estrada y Albornoz; y como si no hubiera rey ni Dios, así se habian con todos los que no andaban á su sabor; y pensando que Cortés no volviera jamás á Méjico, y por demasiada codicia, aunque publicaban ellos ser para servicio del Emperador, prendieron á Rodrigo de Paz, primo y mayordomo mayor de Cortés, y alguacil mayor de Méjico. Diéronle tormento cruelísimamente para que dijese del tesoro, y como no confesaba, ca no sabia dél ni lo habia, ahorcáronle, y tomáronse las casas de Cortés, con la artillería, armas, ropa, y todas las otras cosas que dentro estaban: cosa que pareció muy mal á toda la ciudad. Por lo cual fueron después condenados á muerte, aunque no ejecutados, de los oidores y licenciados Juan de Salmeron, Quiroga, Ceinos y Maldona-

do, estando por presidente Sebastian Ramirez de Fuenleal, obispo de Santo Domingo, y por el consejo de Indias en España; y mucho después los condenó la misma audiencia de Méjico, siendo virey don Antonio de Mendoza, á pagar la artillería y todo lo al que tomaron de casa de Cortés. Quedaron los buenos gobernadores con esto tan disolutos como asolutos; y estando las cosas así, se rebelaron los de Huaxacac y Zootlan, y mataron cincuenta españoles y ocho ó diez mil indios esclavos que cavaban en las minas. Fué allí Peralmindez con docientos españoles y ciento á caballo; y por la guerra que les dió, se acogieron en cinco ó seis peñoles, y al cabo se recogieron á uno muy fuerte y grande, con toda su ropa y oro. Chirino los cercó, y estuvo sobrellos cuarenta dias; porque los del peñol tenían una gran sierpe de oro, muchas rodela, collares, moscadores, piedras y otras ricas joyas; mas ellos una noche, sin que él los sintiese, se fueron con todo su tesoro. Gonzalo de Salazar se hizo pregonar en Méjico públicamente y con trompetas por gobernador y capitán general de aquellas tierras de la Nueva-España. Andando la cosa tal, avisaron á Cortés para que viniese con el capitán Francisco de Medina, al cual mataron los de Xicalanco cruellísimamente; ca le hincaron muchas rajuelas de teta por el cuerpo, y lo quemaron poco á poco, haciéndole andar al rededor de un hoyo, que es cerimonia de hombre sacrificado; y mataron con él otros españoles é indios que le guiaban y servian. Fué tras Medina Diego de Ordás con gran priesa, por Cortés, y como supo la muerte que le dieron, volvióse; y porque no le tuviesen por cobarde, ó pensando que fuese muerto también á manos de indios, dijo que Cortés era muerto; que causó gran parte del mal. Con lo cual, y por malas nuevas que venian de los muchos trabajos y peligros en que Cortés y los de su compañía andaban, lo creía casi toda la ciudad; y así, muchas mujeres hicieron obsequias á sus maridos, y al mesmo Cortés le hicieron también ciertos parientes, amigos y criados suyos, las honras como á muerto. Juana de Mansilla, mujer de Juan Valiente, dijo que Cortés era vivo: vino á oídos de Gonzalo de Salazar, y mandóla azotar por las calles públicas y acostumbradas de la ciudad; dislate que no lo hiciera un modorro; mas Cortés cuando vino restituyó á esta mujer en su honra, llevándola á las ancas por Méjico y llamándola doña Juana; y en unas coplas que después hicieron, á imitación de las del Provincial, dijeron por allá que le habian sacado el don de las espaldas, como narices del brazo. Estaban á la sazón seis ó siete naos de mercaderes en Medellin, que, á fama de las riquezas de Méjico, eran idas á vender sus mercaderías. Gonzalo de Salazar y todos los otros oficiales del Rey querian enviar en ellas dineros al Emperador, que era el toque de su negocio, y escribir al consejo y á Cobos en derecho de su dedo; pero no faltó quien se lo contradijese, diciendo que no era bien aquello sin voluntad y cartas del gobernador Fernando Cortés. Llegó en esto Francisco de las Casas con Gil Gonzalez de Avila; y como era caballero, hombre altivo, animoso, y cuñado de Cortés, opúsose muy recio contra ellos, y aun atropellólos un dia, maltratando á Rodrigo de Albornoz, y envió luego á quitar las áncoras y velas á las naos que

estaban en Medellin, porque no tuviesen en qué enviar á España relaciones, como él decia, falsas, mentirosas y perjudiciales; pero el fator Salazar, que era mañoso, lo prendió, juntamente con Gil Gonzalez; procedió contra ellos por la muerte de Cristóbal de Olid, por la inobediencia y desacato que le tuvo por lo de las naos, y porque era gran contraste para sus pensamientos. Condenólos á muerte, y si no fuera por buenos rogadores, los degollara, aunque habian apelado para el Emperador. Todavía los envió presos á España, con el proceso y sentencia, en una nao de Juan Bono de Quexo. Envió asimesmo doce mil castellanos en barras y joyas de oro con Juan de la Peña, criado suyo; pero quiso la fortuna que se hundiese aquella carabela en la isla del Fayal, que es de los Azores una; y así se perdieron las cartas, procesos y escrituras, y se salvaron los hombres y el oro.

La prision del fator y veedor.

Estando pues Gonzalo de Salazar triunfando desta manera en Méjico, y Peralmindez Chirino sobre el peñol que dije de Zootlan, llegó á la ciudad Martin Dorantes, mozo de espuelas de Cortés, con muchas cartas y con poderes del Gobernador, para que gobernasen Francisco de las Casas y Pedro de Albarado, y removiesen del cargo y castigasen al fator y veedor. Entróse en Sant Francisco, sin ser de nadie visto; y como supo de los frailes que Francisco de las Casas era llevado preso á España, llamó secretamente á Rodrigo de Albornoz y Alonso de Estrada, y dióles las cartas de Cortés. Ellos, en leyéndolas, llamaron todos los de la parcialidad de Cortés, los cuales eligieron luego al Alonso de Estrada por lugarteniente de Cortés, en nombre del Emperador, por no estar allí tampoco Pedro de Albarado ni Francisco de las Casas, á quien los poderes venian. Divulgóse luego por toda la ciudad que Cortés era vivo, y hubo grande alegría; y todos salian de sus casas por ver y hablar al Dorantes. Con el regocijo de tan buenas nuevas parecia Méjico otro del que hasta allí. Gonzalo de Salazar temió valientemente el furor del pueblo. Habló á muchos, según la necesidad que tenia, para que no le desamparasen. Asestó la artillería á la puerta de las casas de Cortés, donde residia, después que ahorcó á Rodrigo de Paz, y hizo fuerte con hasta docientos españoles. Alonso de Estrada con todo su bando fué á combatirle la casa. Como aquellos docientos españoles les vieron venir á toda la ciudad sobre sí, y que era mejor acostarse á la parte de Cortés, pues era vivo, que no tener con el fator, y por no morir, comenzaron á dejarle y descolgarse por las ventanas á unos corredores de la casa; y de los primeros que se descolgaron fué don Luis de Guzman; y no le quedaron sino doce ó quince, que debian ser sus criados. El fator no por eso perdió el ánimo; antes, de que vido que todos se le iban, esforzó á los que le quedaban, y púsose á resistir, y él mesmo pegó fuego con un tizon á un tiro; pero no hizo mal, porque los contrarios se abrieron al pasar de la pelota. Arremetió tras esto Estrada y su gente, y entraron y prendieron al fator en una cámara, donde se retiró. Echáronle una cadena, lleváronlo por la plaza y otras calles, no sin vituperio é injuria, para que todos lo vic-

sen; metiéronlo en una red, y pusieronle muy buena guarda, y después se pasaron á la mesma casa el Estrada y Albornoz. Estrada derechamente le fué contrario, mas Albornoz anduvo doblado, porque afirman que se salió de Sant Francisco, y habló al fator, prometiéndole que ni sería contra él ni con él, sino en poner paz. Y á la vuelta topó al Estrada, que venia á combatir la casa, y hizo que le apeasen de la mula y le diesen caballo y armas para sí y para sus criados, porque pareciese fuerza si el fator vencía. Peralmindez Chirino dejó la guerra que hacia, de que supo cómo Cortés era vivo, y revocado su poder de gobernador; y caminó para Méjico cuanto mas pudo por ayudar con su gente á su amigo Gonzalo de Salazar; mas antes que llegase supo cómo ya estaba preso y enjaulado, y fué á Tlaxcallan, y metióse en Sant Francisco, monesterio de frailes, pensando guarecer allí y escapar de las manos de Alonso de Estrada y bando de Cortés; empero luego que se supo en Méjico enviaron por él, y le trajeron y metieron en otra jaula cabe su compañero, sin que le valiese la iglesia. Con la prision destes dos cesó todo el escándalo, y gobernaban Estrada y Albornoz en nombre del Rey y del pueblo muy en paz, aunque aconteció que ciertos amigos y criados de Gonzalo de Salazar y Peralmindez se hermanaron y concertaron de matar un dia señalado al Rodrigo de Albornoz y Alonso de Estrada, y que las guardas soltasen entre tanto los presos. Mas como tenian las llaves los mesmos gobernadores, no se podia efectuar su concierto sin hacer otras; porque romper las jaulas, que eran de vigas muy gruesas, era imposible sin ser sentidos y presos. Así que dan parte del secreto, prometiéndole grandes cosas, á un Guzman, hijo de un cerrajero de Sevilla que hacia vergas de ballesta. El Guzman, que era buen hombre y allegado de Cortés, se informó muy bien quiénes y cuántos eran los conjurados, para denunciarlos y ser creído. Prometiéndole llaves, limas y gánzúas para cuando las pedian; y rogóles que cada dia le viesen y avisasen de lo que pasaba, porque se queria hallar en librar los presos; no los matasen. Aquellos se lo creyeron, de necios y poco recatados, é iban y venian á su tienda muchas veces. El Guzman descubrió el negocio á los gobernadores, declarando por nombre á los concertados, los cuales luego pusieron espías, y hallaron ser verdad. Dieron mandamiento para prender los del monipodio. Presos confesaron ser verdad que querian soltar á sus amos y matar á ellos; y así, fueron sentenciados. Ahorcaron á un Escobar y á otros, que era la cabeza. A unos cortaron las manos, á otros los piés, á otros azotaron, á muchos desterraron, y en fin, todos fueron bien castigados; y con tanto, no hubo de allí adelante quien revolviere la ciudad ni perturbase la gobernacion de Alonso de Estrada. Así como digo pasó esta guerra civil de Méjico entre españoles, estando ausente Fernando Cortés; y levantáronla oficiales del Rey, que son mas de culpar. Y nunca Cortés salió fuera que soldado suyo saliese de su mandado y comision, ni hubiese la menor alteracion de las pasadas. Fué maravilla no alzarse los indios entonces, que tenian aparejo para ello, y aun armas, bien que dieron muestra de hacerlo; mas esperaban que Cuahutimoc se lo enviase á decir cuando

él hubiese muerto á Cortés, como lo trataba por el camino, segun después se dirá.

La gente que Cortés llevó á las Higueras.

Luego que Cortés despachó á Gonzalo de Salazar y á Peralmindez desde la villa del Espíritu Santo con poderes para gobernar en Méjico, hizo saber á los señores de Tabasco y Xicalanco cómo estaba allí y queria ir cierto camino; que le enviase algunos hombres pláticos de la costa y de la tierra. Luego aquellos señores le enviaron diez personas de las mas honradas de sus pueblos, y mercaderes, con el crédito que de costumbre tienen; los cuales, después de haber muy bien entendido el intento de Cortés, le dieron un dibujo de algodón tejido, en que pintaron todo el camino que hay de Xicalanco hasta Naco y Nito, donde estaban españoles, y aun hasta Nicaragua, que es á la mar del Sur, y hasta donde residia Pedrarias, gobernador de Tierra-Firme; cosa bien de mirar, porque tenia todos los rios y sierras que se pasan y todos los grandes lugares y las ventas á do hacen jornada cuando van á las ferias; y le dijeron cómo, por haber quemado muchos pueblos los españoles que andaban por aquella tierra, se habian huido los naturales á los montes; y así, no se hacian las ferias como solian en aquellas ciudades. Cortés se lo agradeció, y les dió algunas cosillas por el trabajo y por las nuevas de lo que buscaba, y se maravilló de la noticia que tenian de tierra tan léjos. Teniendo pues guia y lengua, hizo alarde, y halló ciento y cincuenta caballos y otros tantos españoles á pié muy en orden de guerra, para servicio de los cuales iban tres mil indios y mujeres. Llevó una piara de puercos, animales para mucho camino y trabajo, y que multiplican en gran manera. Metió en tres carabelas cuatro piezas de artillería que sacó de Méjico, mucho maíz, frisoles, pescados y otros mantenimientos, muchas armas y pertrechos y todo el vino, aceite, vinagre y cecinas que tenia traídas de la Veracruz y de Medellin. Envió los navíos que fuesen costa á costa hasta el rio de Tabasco, y él tomó el camino por tierra, con pensamiento de no desviarse mucho de la mar. A nueve leguas de la villa del Espíritu Santo pasó un gran rio en barcas, y entró en Tunalan; y otras tantas leguas mas adelante pasó otro rio, que llaman Aquiauilco, y los caballos á nado. Topó después otro tan ancho, que porque no se le ahogasen los caballos hizo una puente de madera, no media legua de la mar, que tuvo novecientos y treinta y cuatro pasos. Fué obra que maravilló los indios, y aun que los cansó. Llegó á Copilco, cabeza de la provincia; y en treinta y cinco leguas que anduvo atravesó cincuenta rios y desaguaderos de ciénagas y otras casi tantas puentes que hizo; ca no pudiera pasar de otra manera la gente. Es aquella tierra muy poblada, aunque muy baja y de muchas ciénagas y lagunajos, á causa de ser muy alta la costa y ribera; y así, tienen muchas canoas. Es rica de cacao, abundante de pan, fruta y pesca. Sirvió muy bien este camino, y quedó amiga y depositada á los españoles, vecinos de la villa del Espíritu Santo. De Anaxaxuca, que es el postrer lugar de Copilco para ir á Cuatlan, atravesó unas muy cerradas montañas y un rio, dicho Quezatlapan, bien grande, el cual entra

en el de Tabasco, que llaman Grijalva; y por él se proveyó de comida de los carabelones con veinte barquillas de Tabasco, que trajeron docientos hombres de aquella ciudad; con las cuales pasó el río. Ahogósele un negro, y perdióse hasta cuatro arrobas de herraje, que hicieron harta falta. Creo que aquí se casó Juan Jaramillo con Marina, estando borracho. Culparon á Cortés, que lo consintió teniendo hijos en ella. Huyeron; y en veinte dias que estuvo allí Cortés ni vinieron ni halló quien le mostrase camino, sino fueron dos hombres y unas mujeres que le dijeron cómo el señor y todos estaban por los montes y esteros, y que ellos no sabían andar sino en barcas. Preguntados si sabían á Chilapan, que estaba en el debajo, señalaron con el dedo una sierra hasta diez leguas de allí. Cortés hizo una puente de treientos pasos, en que entraron muchas vigas de treinta y de cuarenta piés, y pasó una gran ciénaga; que sin pasar agua no se podía salir de aquel pueblo. Durmió en el campo alto y enjuto, y otro dia entró en Chilapan, gran lugar y bien asentado; mas estaba quemado y destruido. No halló en él mas de dos hombres, que lo guiaron á Tamaztepec, que por otro nombre llaman Tepepelicán. Antes de llegar allá pasó un río, dicho por nombre Chilapan, como el lugar atrás. Ahogóse allí otro esclavo, y perdióse mucho fardaje. Tardó dos dias en andar seis leguas, y casi siempre fueron los caballos por agua y cieno hasta las rodillas, y aun hasta la barriga por muchas partes. El trabajo y peligro que pasaron los hombres fué excesivo, y aína se ahogaron tres españoles. Tamaztepec estaba sin gente y desolado. Todavía reposaron en él los nuestros seis dias. Hallaron fruta, maíz verde en lo labrado, y maíz en grano en silos, que fué harto remedio y refrigerio, segun iban hombres y caballos; y aun cómo pudieron llegar los puercos fué maravilla. De allí fué á Iztapan en dos jornadas por ciénagas y tremedales espantosos, donde se hundian los caballos hasta la cincha. Los de aquel pueblo, como vieron hombres á caballo, huyeron, y tambien porque les habia dicho el señor de Cuatlan que los españoles mataban cuantos topaban; y aun pusieron fuego á muchas casas. Llevaron su ropilla y mujeres de la otra parte del río que pasa por el pueblo, y muchos dellos por pasar apriesa se ahogaron. Prendiéronse algunos, que dijeron cómo por el miedo que les habia metido el señor de Cuatlan habian hecho aquello. Cortés entonces llamó los que traía de Cuatlan, Chilapan y Tamaztepec, para que le diesen el buen tratamiento que se les hacia; y dióles luego en presencia de aquel preso algunas cosillas, y licencia que se tornasen á sus casas, y cartas para que mostrasen á los cristianos que por sus pueblos viniesen, porque con ellas estarían seguros. Con esto se alegraron y aseguraron los de Iztapan, y llamaron al señor, el cual vino con cuarenta hombres, y dióse por vasallo del Emperador; y dió largamente de comer á nuestro ejército aquellos ocho dias que allí estuvo. Pidió veinte mujeres, que fueron presas en el río, y luego se las dieron. Acaesció estando allí que un mejicano se comió una pierna de otro indio de aquel pueblo, que fué muerto á cuchilladas. Súpolo Cortés, y mandólo luego quemar en presencia del señor; el cual quiso entender la

causa, y fuéle dicha, y aun le hizo Cortés un largo razonamiento y sermon, por intérprete, dándole á entender cómo era venido en aquellas partes en nombre del mas bueno y poderoso principe del mundo, á quien toda la tierra reconocia como á monarca, y que así debia hacer él; y que tambien venia á castigar los malos que comian carne de otros hombres, como hacia aquel de Méjico, y á enseñar la ley de Cristo, que mandaba creer y adorar un solo Dios, y no tantos ídolos; y notificar á los hombres el engaño que les hacia el diablo para llevarlos al infierno, donde los atormentase con terrible y perdurable fuego. Declaróle asimesmo muchos misterios de nuestra santa fe católica. Cebóle con el paraíso, y dejóle muy contento y maravillado de las cosas que le dijo. Este señor dió á Cortés tres canoas para enviar á Tabasco por el río abajo con tres españoles y la instruccion de lo que habian de hacer los carabelones, y de cómo tenian de ir á esperarle á la bahía de la Ascension, y para llevar con ellas y con otras carne y pan de los navios á Acalan por un estero. Dióle asimesmo otras tres canoas y hombres, que fueron con unos españoles el río arriba á apaciguar y allanar la tierra y camino, que no fué poca amistad. De aquí comenzaron á ir ruines nuevas á Méjico, y que nunca mas volveria Cortés, por lo cual mostraron luego sus dañadas intenciones Gonzalo de Salazar y Peralkindez.

De los sacerdotes de Tatabuillapan.

De Iztapan fué Cortés á Tatabuillapan, donde no halló gente ninguna, salvo veinte hombres, que debian ser sacerdotes, en un templo de la otra parte del río, muy grande y bien adornado; los cuales dijeron haberse quedado allí para morir con sus dioses, que les decian que los mataban aquellos barbudos, y era que Cortés quebraba siempre los ídolos ó ponía cruces; y como vieron á los indios de Méjico con unos aderezos de los ídolos, dijeron llorando que ya no querian vivir, pues sus dioses eran muertos. Cortés entonces y los dos frailes franciscos les hablaron con las lenguas que llevaban, otro tanto como al señor de Iztapan, y que dejasen aquella su loca y mala creencia. Ellos respondieron que querian morir en la ley que sus padres y abuelos. Uno de aquellos veinte, que era el principal, mostró cómo estaba Huatipan, que venia figurado en el paño, diciendo que no sabia andar por tierra. Simpleza harto grande; pero con ella vivian contentos y descansados. Poco después de salido el ejército de allí, pasó una ciénaga de media legua, y luego un estero hondo, donde fué necesario hacer puente, y mas adelante otra ciénaga de una legua; pero como era algo tiesta debajo, pasaron los caballos con menos fatiga, aunque les daba á las cinchas, y donde menos, encima de la rodilla. Entraron en una montaña tan espesa, que no veían sino el cielo y lo que pisaban, y los árboles tan altos, que no se podían subir en ellos, para atalayar la tierra. Anduvieron dos dias por ella desatinados; repararon orilla de una balsa que tenia yerba, porque paciesen los caballos; durmieron y comieron aquella noche poco, y algunos pensaban que antes de acertar á poblado habian de morir. Cortés tomó una aguja y carta de maréar que llevaba para semejantes necesidades, y acordándose del paraje

que le habian señalado en Tatabuillapan, miró, y halló que corriendo al nordeste iban á salir á Guateopan ó muy cerca. Abrieron pues el camino á brazos, siguiendo aquel rumbo, y quiso Dios que fueron derechos á dar en el mismo lugar, después de muy trabajados; mas refrescáronse luego en él con frutas y otra mucha comida, y ni mas ni menos los caballos con maíz verde y con yerba de la ribera, que es muy hermosa. Estaba el lugar despoblado, y no podia Cortés saber rastro de las tres barcas y españoles que habia enviado el río arriba, y andando por el pueblo, vio una saeta de ballesta hincada en el suelo, por la cual conoció que eran pasados adelante, si ya no los habian muerto los de allí. Pasaron el río algunos españoles en unas barquillas; anduvieron buscando gente por las huertas y labranzas, y al cabo vieron una gran laguna, donde todos los de aquel pueblo estaban metidos en barcas é isletas; muchos de los cuales salieron luego á ellos con mucha risa y alegría, y vinieron al lugar hasta cuarenta, que dijeron á Cortés cómo por el señor de Cuatlan habian dejado el pueblo, y cómo eran pasados ciertos barbudos el río adelante con hombres de Iztapan, que les dieron certinidad del buen tratamiento que los extranjerios hacían á los naturales, y cómo se habia ido con ellos un hermano de su señor en cuatro canoas de gente armada, para que no les hiciesen mal en el otro pueblo mas arriba. Cortés envió por los españoles, y vinieron luego al otro dia con muchas canoas cargadas de miel, maíz, cacao y un poco de oro, que alegró el ojo á todos. Tambien vinieron de otros cuatro ó cinco lugares á traer á los españoles bastimento; y á verlos, por lo mucho que dellos se decia, y en señal de amistad les dieron un poquito de oro, y todos quisieran que fuera mas. Cortés les hizo mucha cortesía, y rogó que fuesen amigos de cristianos. Todos ellos se lo prometieron. Tornáronse á sus casas, quemaron muchos de sus ídolos por lo que les fué predicado, y el señor dió del oro que tenia.

De la puente que hizo Cortés.

De Huateopan tomó Cortés el camino para la provincia de Acalan, por una senda que llevan mercaderes; que otras personas poco andan de un pueblo á otro, segun ellos decian. Pasó el río con barcas; ahogóse un caballo, y perdiéronse algunos fardales. Anduvo tres dias por unas montañas muy ásperas con gran fatiga del ejército, y luego dió sobre un estero de quinientos pasos ancho, el cual puso en gran estrecho los nuestros, por no tener barcas ni hallar fondo. De manera que con lágrimas pedían á Dios misericordia, ca si no era volando, parecia imposible pasarlo, y tornar atrás, como todos los mas querian, era perescer; porque, como habia llovido mucho, se habian llevado las crecientes todas las puentes que hicieron. Cortés se metió en una barquilla con dos españoles hombres de mar, los cuales sondaron todo el ancon y estero, y por do quiera hallaban cuatro brazas de agua. Tentaron con picas, atadas una á otra, el suelo, y estaba otras dos brazadas de lama y cieno; de suerte que eran seis brazas de hondura, y quitaban la esperanza de fabricar puente. Todavía quiso él probar de hacerla. Rogó á los señores mejicanos que consigo llevaba hiciesen con los indios

que cortasen árboles, labrasen y trajesen vigas grandes, para hacer allí una puente por do escapasen de aquel peligro. Ellos lo hicieron, y los españoles iban hincando aquellas maderas por el cieno, puestos sobre balsas, y con tres canoas, que mas no tenían; pero éralles tanto trabajo y mohina, que renegaban de la puente y aun del capitan, y murmuraban terriblemente dél por los haber metido locamente adonde no los podria sacar, con toda su agudeza y saber, y decian que la puente no se acabaria, y cuando se acabase serian ellos acabados; por tanto, que diesen vuelta antes de acabar las vituallas que tenían, pues así como así se habia de volver sin llegar á Higuera. Nunca Cortés se vió tan confuso; mas por no enojarlos, no les quiso contradecir, y rogóles que se holgasen y esperasen cinco dias solamente, y si en ellos no tuviese hecha la puente, que les prometia de volverse. Ellos á esto respondieron que esperarían aquel tiempo aunque comiesen cantos. Cortés entonces habló á los indios que mirasen en cuánta necesidad estaban todos, pues forzado habian de pasar ó perecer. Animólos al trabajo, diciendo que luego en pasando aquel estero estaba Acalan, tierra abundantísima y de amigos, y donde estaban los navios con muchos bastimentos y refresco. Prometióles grandes cosas para en volviendo á Méjico si hacían aquella puente. Todos ellos, y los señores principalmente, respondieron que les placía, y luego se repartieron por cuadrillas. Unos para coger raíces, yerbas y frutas de monte que comer, otros para cortar árboles, otros para labrallos, otros para traerlos, y otros para hincarlos en el estero. Cortés era el maestro mayor de la obra, el cual puso tanta diligencia y ellos tanto trabajo, que dentro de seis dias fué hecha la puente, y al séptimo pasaron por encima della todo el ejército y caballos; cosa que pareció no sin ayuda de Dios obrada, y los españoles se maravillaron muy mucho y aun trabajaron su parte, que aunque hablan mal, obran bien. La hechura era comun, mas la maña que los indios tuvieron fué extraña. Entraron en ella mil vigas de ocho brazas en largo y cinco y seis palmos de gordor y otras muchas maderas menores y menudas para cubierta. La atadura fué de bejucos, que clavaron no lubo, sino de clavos de ferrar y clavijas de palo por algunos barrenos. No duró la alegría que todos llevaban por haber pasado á salvo aquel estero, ca luego toparon una ciénaga muy espantosa, aunque no muy ancha, donde los caballos, quitadas las sillas, se sumian hasta las orejas, y cuanto mas forcejaban, mas se hundian, de manera que allí se perdió del todo la esperanza de escapar caballo ninguno. Todavía les metian debajo los pechos y barrigas haces de rama y de yerba en que se sostuviesen, lo cual aunque aprovechaba algo, no bastaba. Estando así, abrióse por medio un callejon por do acanaló la agua, y por allí salieron á nado los caballos, pero tan fatigados, que no se podían tener en piés. Dieron gracias á nuestro Señor por tan grandes mercedes como les habia hecho; que sin caballos quedaban perdidos. Estando en esto llegaron cuatro españoles que habian ido delante, con ochenta indios de aquella provincia de Acalan, cargados de aves, fruta y pan, con que Dios sabe cuánto se holgaron todos, mayormente cuando dijeron que Apoxpalon, señor de

aquella provincia y toda la demás gente quedaba esperando el ejército de paz, y con muy buena voluntad de verle y aposentarlo en sus casas; y ciertos de aquellos indios dieron á Cortés cosillas de oro de parte del señor, y dijeron cómo tenía gran contentamiento de su venida por aquella tierra, ca muchos años había que tenía noticia dél por los mercaderes de Xicalanco y Tabasco. Cortés le agradeció tan buena voluntad; dióles ciertas cosillas de España para el señor; hizolos ir á ver la puente, y tornólos á enviar con los mesmos españoles. Fueron admirados del edificio de la puente, así porque no las hay por allí, como por ser tan grande, y porque pensaban que ninguna cosa era imposible á los españoles. Otro día llegaron á Tizapetl, donde los vecinos tenían mucha comida aderezada para los hombres, y mucho grano y yerba y rosas para los caballos. Reposaron allí seis días, satisfaciendo al trabajo y hambre pasada. Vino á ver á Cortés un mancebo de buena dispusición y muy bien acompañado, que dijo ser hijo de Apoxpalon. Trájole muchas gallinas y cierto oro; ofrecióle su persona y tierra, fingiendo que su padre era muerto. Él lo consoló y mostró tener tristeza, aunque barruntaba no decir verdad, porque cuatro días antes estaba vivo y le había enviado un presente. Dióle un collar de cuentas de Flandes que traía al cuello, y que fué muy estimado del mancebo, y rogóle que no se fuese tan presto.

De Apoxpalon, señor de Izancanac.

De Tizapetl fueron á Teuticaccac, que estaba seis leguas, donde el señor les hizo muy buen tratamiento. Aposentáronse en dos templos, que los hay muchos y muy hermosos, uno de los cuales era el mayor y dedicado á una diosa á quien sacrificaban doncellas vírgines y hermosas, que si no eran, diz que se enojaba mucho con ellos, y á esta causa las buscaban desde niñas y las criaban regaladamente. Sobre esto les dijo Cortés como mejor pudo lo que convenia á cristiano y lo que el Rey mandaba, y derribó los ídolos; de que no mostraron mucha pena los del pueblo. Aquel señor de Teuticaccac trabó grandes pláticas y conversacion con españoles, y tomó mucha amistad y amor con Cortés. Dióle mas entera razón de los españoles que iba buscando y del camino que había de llevar. Dijole en muy gran poridad cómo Apoxpalon era vivo, y que le quería guiar por un rodeo, aunque no mal camino, porque no viesse sus pueblos y riqueza. Rogóle que tuviese secreto si le quería ver vivo y con su hacienda y estado. Cortés se lo agradeció mucho, y no solamente le prometió secreto, pero buenas obras de amigo. Llamó luego al mancebo que dije, y examinóle; el cual, como no pudo negar la verdad, dijo cómo su padre era vivo, y á ruego de Cortés le fué á llamar y le trajo luego al segundo día. Apoxpalon se excusó con mucha vergüenza, diciendo que de miedo de tan extraños hombres y animales lo hacía, hasta ver si eran buenos, porque no le destruyesen sus pueblos; pero que agora, pues veía cómo no hacían mal á nadie, le rogaba se fuese con él á Izancanac, ciudad populosa, donde él residía. Cortés se partió otro día, y dió un caballo á Apoxpalon en que fuese, de lo cual mostró gran placer, aunque al princi-

pio pensó caer. Entraron con gran recebimiento en aquella ciudad. Cortés y Apoxpalon posaron en una casa donde cupieron los españoles con sus caballos. A los de Méjico repartieron por casas. Aquel señor dió largamente de comer á todos el tiempo que allí estuvieron, y á Cortés cierto oro y veinte mujeres. Dióle una canoa y hombres que llevasen por el río abajo hasta la mar, á do estaban los carabelones, un español que poco antes llegara de Santisteban de Pánuco con letras, y cuatro indios que habían traído cartas de Medellín, de la villa del Espíritu Santo y de Méjico, hechas antes que Gonzalo de Salazar y Peralmindez llegasen; con los cuales respondia que iba bueno, aunque con muchos trabajos, y también escribió á los españoles que estaban en los carabelones lo que habían de hacer y adonde tenían de ir á esperalle. Acostumbran, á lo que dicen, en aquella tierra de Acalan hacer señor al mas caudaloso mercader, y por eso lo era Apoxpalon, que tenía grandísimo trato por tierra de algodón, cacao, esclavos, sal, oro, aunque poco, y mezclado con cobre y con otras cosas; de caracoles colorados, con que atavian sus personas y sus ídolos; de resina y otros sabumerios para los templos, de teta para alumbrarse, de colores y tintas con que se pintan para las guerras y fiestas, y se tienen para defensa del calor y frio, y de otras muchas mercaderías que ellos estiman y han menester; y así, tenía en muchos pueblos de ferias, como era Nito, fator y barrio por sí, poblado de sus vasallos y criados tratantes. Mostróse Apoxpalon muy amigo de españoles, hizo una puente para que pasasen una ciénaga, tuvo canoas para pasar un estero; envió muchas guías con ellos, pláticas del camino, y por todo esto no pidió sino una carta de Cortés para si algunos españoles viniesen por allí, que supiesen cómo era su amigo. Acalan es muy poblada y rica. Izancanac grande ciudad.

La muerte de Cuahutimoc.

Llevaba Cortés consigo á Cuahutimoc y otros muchos señores mejicanos, porque no revolviessen la ciudad y tierra, y tres mil indios de servicio y carga. Cuahutimoc, afligido de tener guarda, y como tenía alientos de rey, y veía los españoles alejados de socorro, flacos del camino, metidos en tierra que no sabían, pensó matarlos por vengarse, especial á Cortés, y volverse á Méjico apellidando libertad, y alzarse por rey, como solía ser. Dió parte á los otros señores, y avisó á los de Méjico, para que á un mesmo día matasen también ellos á los españoles que allí había, pues no eran sino docientos y no tenían mas de cincuenta caballos, y estaban reñidos y en bandos; y si lo supiera hacer como pensar, no pensara mal; porque Cortés llevaba pocos, y pocos eran los de Méjico, y aquellos mal avenidos. Había tan pocos entonces por haber ido con Albarado á Cuahutemallan, con Casas á Higuera y á las minas de Michuacan. Los de Méjico se concertaron para en viendo descuidados ó asidos los españoles, y para el segundo mandamiento de Cuahutimoc. Hacían de noche gran ruido con sus atabales, huesos, caracoles y bocinas, y como era mas y mas ordinario que antes, tomaron sospecha los españoles y preguntaron la causa. Recatáronse

dellos, no sé si por indicios ó por certificación, y salían siempre armados, y aun en las procesiones que hacían por Cortés llevaban los caballos á par de sí, ensillados y enfrenados. Mexicalcincin, que después se llamó Cristóbal, descubrió á Cortés la conjuración y trato de Cuahutimoc, mostrándole un papel con las figuras y nombres de los señores que le urdian la muerte. Cortés loó mucho á Mexicalcincin, prometiéndole grandes mercedes, y prendió diez de aquellos que estaban pintados en el papel sin que uno supiese de otro: preguntóles cuántos eran en aquella liga, diciendo al que examinaba cómo se lo habían dicho ya otros. Era tan cierto, según Cortés, que no podían negarlo; y así, confesaron todos que Cuahutimoc, Couanacochein y Tetepanquezatl habían movido aquella plática; que los demás, aunque holgaban dello, que no habían consentido de veras ni se habían hallado en la consulta; y que obedecer á su señor y desear cada uno su libertad y señorío, no era mal hecho ni pecado, y que les parecia que nunca podrían tener mejor tiempo ni lugar que allí para matarle, por tener pocos compañeros y ningún amigo, y que no temían mucho los españoles que estaban en Méjico, por ser nuevos en la tierra y no usados á las armas, y muy metidos en bandos y guerra, de que Cortés tomó mala espina; mas empero, pues los dioses no lo querían, que los matase. Tras esta confesion les hizo proceso, y dentro de breve tiempo se ahorcaron por justicia Cuahutimoc, Tlacatlec y Tetepanquezatl. Para castigo de los otros bastó el miedo y espanto; ca ciertamente pensaron todos ser muertos y quemados, pues ahorcaron los reyes, y creían que la aguja y carta de marear se lo habían dicho, y no hombre ninguno; y tenían por muy cierto que no se le podían esconder los pensamientos, pues había acertado aquello y el camino de Huatapan; y así, vinieron muchos á decirle que mirase en el espejo, que así llamaban ellos al aguja, y vería cómo le tenían muy buena voluntad y ningunas intenciones malas. El y todos los españoles les hacían encreyente ser así verdad porque temiesen. Hizose esta justicia por Carnestollendas del año de 1523 en Izancanac. Fué Cuahutimoc valiente hombre, según de la historia se colige, y en todas sus adversidades tuvo ánimo y corazón real; tanto al principio de la guerra para la paz, cuanto en la perseverancia del cerco, y así cuando le prendieron, como cuando le ahorcaron, y como cuando, porque dijese del tesoro de Moteczuma, le dieron tormento, el cual fué untándole muchas veces los pies con aceite y poniéndoselos luego al fuego; pero mas infamia sacaron que no oro, y Cortés debiera guardarlo vivo como oro en paño, que era el triunfo y gloria de sus victorias. Mas no quiso tener que guardar en tierra y tiempo tan trabajoso; es verdad que se preciaba mucho dél, ca los indios le honraban mucho por su amor y respecto, y le hacían aquella mesma reverencia y ceremonias que á Moteczuma, y creo que por eso le llevaba siempre consigo por la ciudad á caballo, si cabalgaba, y si no, á pie como él iba. Apoxpalon quedó espantado de aquel castigo de tan grandísimo rey; y de temor, ó por lo que Cortés le había dicho acerca de los muchos dioses, quemó infinitos ídolos en presencia de los españoles, prometiéndoles de no honrar mas las es-

tatuas de allí adelante, y de ser su amigo y vasallo de su rey.

De cómo Ganec quemó los ídolos.

De Izancanac, que es cabecera de Acalan, habían de ir nuestros españoles á Mazatlan, pueblo que también se llama de otra manera en otro lenguaje, mas no sé cómo se tiene de escribir; y aunque he procurado mucho informarme muy bien de los propios vocablos y nombres de los lugares que nuestro ejército pasó este viaje de las Higuera, no estoy satisfecho del todo. Por tanto, si algunos no se pronuncian como deben, nadie se maraville, pues aquel camino no se huella. Cortés, porque no le faltase provision, hizo mochila para seis días, aunque no había de estar en el camino sino tres, ó cuando mucho cuatro, escarmentado de la necesidad pasada. Envió delante cuatro españoles con dos guías que le dió Apoxpalon. Pasó la ciénaga y estero con la puente y canoas que aderezó aquel señor, y á cinco leguas que anduvo, volvieron los cuatro españoles diciendo que había buen camino y mucho pasto y labranzas; que fué buena nueva para todos, que iban hostigados de los malos caminos pasados. Envió otros corredores mas sueltos á tomar algunos de la tierra para saber cómo tomaban la ida de españoles; los cuales trajeron presos dos hombres de Acalan, mercaderes, según iban cargados de ropa para vender, y ellos dijeron cómo en Mazatlan no había memoria de tales hombres, y que el lugar estaba lleno de gente. Cortés dejó volver á los que traía de Izancanac, y llevó por guía aquellos dos mercaderes. Durmió aquella noche, como la pasada, en un monte. Otro día los españoles que descubrieron toparon cuatro hombres de Mazatlan, que estaban por escuchas, y tenían arcos y flechas, y que, como los vieron, desembrazaron sus arcos, hirieron un indio nuestro y acogieron-se á un monte. Corrieron tras ellos los españoles, y no pudieron tomar sino al uno. Entregáronle á los indios, y prosiguieron el camino por ver si había mas. Aquellos tres que se metieron en el monte, como vieron idos los españoles, dieron sobre nuestros indios, que eran otros tantos, y por fuerza les quitaron el preso. Ellos, corridos del afrenta, corrieron tras los otros, tornaron á pelear, hirieron á uno de Mazatlan, en un brazo, de una gran cuchillada, y prendieronle; los demás huyeron porque llegaba cerca el ejército. Este herido dijo que no sabían nada en su lugar de aquella gente barbada, y que estaban allí por velas, como es su costumbre, para que sus enemigos, que tenían muchos por la comarca, no llegasen sin ser sentidos á saltar al pueblo ni labranzas, y que no estaba lejos el lugar. Cortés aguijó por llegar allá aquella noche, mas no pudo. Durmió cerca de una ciénaga en una cabañuela sin tener agua que beber. En amanesciendo se aderezó la ciénaga con rama y mucha broza, y pasaron los caballos de diestro no con mucho trabajo, y á tres leguas andadas llegaron á un lugar puesto sobre un peñol en mucha ordenanza, pensando hallar resistencia, mas no la hubo, porque los moradores habían huido de miedo. Hallaron muchos gallipavos, miel, frisoles, maíz, y otros bastimentos en gran cantidad. Aquel lugar es fuerte por estar en gran risco; no tiene mas de una puerta, pero llana la entra-

da; está rodeado por una parte de una laguna y por otra de un arroyo muy hondo que también entra en la laguna; tiene un foso bien fondo, y luego un petril de madera hasta los pechos, y después una cerca de tablonas y vigas, dos estados en alto, por la cual hay muchas troneras para flechar, y á trechos garitas que sobrepujan la cerca otro estado y medio, con muchas piedras y saetas, y aun las casas son fuertes y tienen sus travesías y saeteras para tirar, que responden á las calles. Todo, en fin, era recio y bien ordenado para las armas que usan en aquella tierra, y tanto mas se holgaron los nuestros, cuanto mas fuerte era el lugar, porque lo desampararon, mayormente que era frontera y tenía guarnición de soldados. Cortés envió uno de aquellos de Acalan á llamar al señor y á la gente. Vino el Gobernador; dijo que el señor era niño y tenía mucho miedo, y fué con él hasta Tiac, que está seis leguas de allí; pero ya cuando llegaron eranidos los vecinos al monte, huyendo de temor. Era Tiac mayor pueblo, mas no tan fuerte, por estar en llano. Tiene tres barrios cercados cada uno por sí, y otra cerca que los cerca á todos juntos. No pudo Cortés acabar con los de allí que viniesen estando dentro su ejército, aunque le dieron vituallas y alguna ropa y un hombre que lo guiase, el cual dijo que había visto otros hombres barbados y otros ciervos; así llaman por allá á los caballos. Como tuvo Cortés tan buena guía, dió licencia y paga á los de Acalan, que se fuesen á su tierra, y muchas encomiendas para Acoxpalon. De Tiac fué á dormir á Xuncahuil, que también era lugar fuerte y cercado como los otros, y estaba yermo de gente, pero lleno de mantenimiento. Allí se proveyó el ejército para cinco días que había de camino y despoblado, hasta Taica, según la nueva guía. Cuatro noches hicieron en sierras; pasaron un mal puerto que se llamó de Alabastro, por ser todas las peñas y piedras dello. Al quinto día llegaron á una muy gran laguna, en una isleta en la cual estaba un gran pueblo, que según la guía dijo, era cabecera de aquella provincia de Taica, y no se podía entrar en él sino por barca. Los corredores tomaron un hombre de aquel lugar en una canoa, y aun no le tomaron ellos, sino un perro de ayuda que llevaban; el cual dijo cómo en la ciudad no se sabía nada de semejantes hombres, y que si querían entrar allá, que fuesen á unas labranzas que estaban cerca de un brazo de la laguna, y podrían tomar muchas barcas de los labradores. Cortés tomó doce ballesteros, y á pié siguió por do le llevaba aquel hombre. Pasó un gran rato de aguacero hasta la rodilla y mas arriba. Como tardó mucho en el mal camino, y no podía ir encubierto, vieron los labradores y metieron en sus canoas por la laguna adelante. Asentóse real entre aquellos panes, y fortificóse lo mejor que pudo, porque le dijo la guía cómo los de aquella ciudad eran muy ejercitados en la guerra, y hombres á quien toda la comarca temía; y si quería, que él iría en aquella su canoita á la isleta, y entraría en el lugar y hablaría con Canec, señor de Taica, que ya de otras veces le conocía, y le diría su intención y venida. Cortés le dejó ir y llevar al dueño de la barquilla. Fué pues, y volvió á media noche; que, como hay dos leguas de trecho de la costa al pueblo y malos remos, no pudo antes. Trujo dos personas, á lo que mos-

traban honradas, las cuales dijeron venir de parte de Canec, su señor, á visitar al capitán de aquel ejército y á saber lo que quería. Cortés les habló alegremente; Dióles un español que quedase en rehenes, porque viniese Canec al real. Ellos holgaron infinito de mirar los caballos, el traje y barbas de nuestros españoles, y fuérouse. Otro día de mañana vino el señor con treinta personas en seis canoas; trajo consigo el español, y ninguna demostración de miedo ni de guerra. Cortés lo recibió con mucho placer, y por hacerle fiesta y mostrarle cómo honraban los cristianos á su Dios, hizo cantar la misa con solemnidad, y tañer los menestres, sacabuches y chirimías que llevaba. Canec oyó la música y canto con mucha atención, y miró muy bien en las ceremonias y servicio del altar, y á lo que mostraba y holgó mucho, loó grandemente aquella música, cosa que nunca oyera. Los clérigos y frailes en acabando el oficio divino se llegaron á él; hicieronle acatamiento, y luego con el faraute le predicaron. Respondió que de grado desharía sus ídolos, y que quisiera mucho saber y tener la manera cómo debía honrar y servir al Dios que le declaraban. Pidió una cruz para poner en su pueblo; replicaron que la cruz luego se la darían, como hacían en cada parte que llegaban, y que presto le enviarían religiosos que lo dotrasen en la ley de Cristo, pues por entonces no podía ser. Cortés, tras este sermón, le hizo otra breve plática sobre la grandeza del Emperador, y rogándole que fuese su vasallo, como lo eran los de Méjico Tenuchtitlan. El dijo que desde allí se daba por tal, y que había algunos años que los de Tabasco, como pasan por su tierra á las ferias, le habían dicho que llegaron á su pueblo ciertos extranjeros como ellos, y que peleaban mucho porque los habían vencido en tres batallas. Cortés entonces le dijo cómo era él mismo el capitán de aquellos hombres que los de Tabasco decían, y porque creyese ser así verdad, que se informase de los de allí. Con tanto, se acabaron las pláticas y se sentaron á comer. Canec hizo sacar de las canoas aves, peces, tortas, miel, fruta y oro, aunque poca cantidad, y unos sartales de caracoles coloradillos que precian mucho. Cortés le dió una camisa, una gorra de terciopelo negro, y otras cosillas de fierro, como decir tijeras y cuchillos; y preguntóle si sabía algo de ciertos españoles suyos que habían destar no muy aparte de allí, en la costa de mar. El dijo que tenía mucha noticia dellos, porque bien cerca de donde andaban estaban unos vasallos suyos, y si quería, que le daría persona que lo llevase allá sin errar el camino, pero que era áspero y malo de pasar, por las grandes montañas, y que si iba por mar, que no sería tan trabajoso. Cortés le agradeció las nuevas y guía, y le dijo que no eran buenas aquellas barquillas para llevar caballos ni lios ni tanta gente, y por eso le era forzado ir por tierra; que le diese manera cómo pasar aquella laguna. Canec dijo que á tres leguas de allí la desecharía, y entre tanto que el ejército la andaba, se fuese con él á la ciudad á ver su casa, y vería quemar los ídolos. Cortés se fué con él muy contra la voluntad de los compañeros, y llevó consigo veinte ballesteros. Osadía fué demasiada. Estuvo en aquel lugar con muy gran regocijo de los vecinos, hasta la tarde. Vió arder muchos

ídolos; tomó guía, encomendó que curasen un caballo que dejaba en el real, cojo de una estaca que se metió por el pié, y salióse á dormir con el campo que ya había bojado la laguna.

Un trabajoso camino que los nuestros pasaron.

Otro día que partió de allí caminó por buena tierra llana, donde alancearon los de caballo dieciocho gamos: tantos había. Murieron dos caballos, que como iban flacos, no pudieron sufrir la caza. Tomaron cuatro cazadores que traían muerto un león, de que se maravillaron los nuestros, ca les pareció gran cosa matar á un león cuatro hombrillos con solas flechas. Llegaron á un estero de agua, graude y hondo, á vista del cual estaba el lugar do pensaban ir; no tenían en qué pasar; capearon á los del pueblo, que andaban muy revueltos por coger su ropilla y meterse al monte. Vinieron dos hombres en una canoa, con hasta una docena de gallipavos; mas no quisieron juntarse á tierra, aunque hablaban, por mas que se lo rogaba, y era por entretener allí el ejército, hasta que los suyos acabasen de alzar el hato y esconderse. Estando pues así, puso un español las piernas á su caballo, metióse por el agua, y á nado fué tras los indios; ellos, de miedo, turbáronse, y no supieron remar. Acudieron luego otros españoles buenos nadadores, y tomaron la canoa. Aquellos dos indios guiaron el campo por rodeo de obra de una legua, con el cual se desechó el estero, y así llegaron al lugar bien cansados, porque habían caminado ocho leguas; no hallaron gente, mas hallaron bien qué comer. Llámase aquel lugar Tleccan, y el señor, Ainohan. Estuvo allí nuestro campo cuatro días esperando si venía el señor ó los vecinos; como no vinieron, basteóse para seis días, que, según las guías decían, tantos tenían de caminar por despoblado. Partióse, y llegó á dormir seis leguas de allí á una venta grande, que era de Ainohan, donde hacían jornada los mercaderes. Allí reposaron un día, por ser fiesta de la Madre de Dios; pescaron en el río, atajaron una gran cantidad de sabogas, y tomaronlas todas, que, allende de ser provechosa, fué hermosa pesquería. Otro día anduvieron nueve leguas; en lo llano mataron siete venados; en el puerto, que fué malo y duró dos leguas de subida y bajada, se desherraron los caballos, y para ferrallos fué necesario estar allí un día entero. La otra jornada que hicieron fué á una casería de Canec, que se llamaba Axuncapuín, donde estuvieron dos días; de Axuncapuín fueron á dormir á Taxaitell, que es otra casería de Ainohan; allí hallaron mucha fruta y maíz verde, y hombres que los encaminaron. A dos leguas que al otro día tenían andadas de buen camino, comenzaron á subir una asperísima sierra, que duró ocho leguas, y tardaron en andarlas ocho días, y murieron sesenta y ocho caballos despeñados y dejarretados, y los que escaparon no tornaron en sí aquellos tres meses: tan lastimados quedaron. No cesó de llover noche ni día de todo aquel tiempo; fué maravilla la sed que pasaron, lloviendo tanto. Quebróse la pierna un sobrino de Cortés por tres ó cuatro partes, de una caída que dió; fué harto dificultoso sacarlo de aquellas montañas. No se acabaron allí los duelos; que luego dieron en un río muy grande, y con las lluvias

pasadas muy crecido y recio; tanto, que desmayaban los españoles porque no había barcas, é ya que las hubiera, no aprovecharan; hacer puente era imposible, tornar atrás era la muerte. Cortés envió unos españoles el río arriba á mirar si se estrechaba ó se podría vadear, los cuales volvieron muy alegres por haber hallado paso. No vos podría contar cuántas lágrimas echaron nuestros españoles, de placer con tan buena nueva, abrazándose unos á otros; dieron muchas gracias á Dios nuestro Señor, que los socorria á tal angustia, y cantaron el *Te Deum laudamus* y *Letania*; y como era Semana Santa, todos se confesaron. Era aquel paso una losa ó peña llana, lisa, y larga cuanto el río ancho, con mas de veinte grietas por do caía la agua sin cubrilla; cosa que parece fábula ó encantamiento como los de Amadís de Gaula, pero es certísima. Otros lo cuentan por milagro, mas ello es obra de natura, que dejó aquellas pasaderas para el agua, ó la misma agua con su continuo curso comió la peña de aquella manera. Cortaron pues madera, que bien cerca había muchos árboles, y trajeron mas de docientas vigas, y muchos bejucos, que como en otro lugar tengo dicho, sirven de sogas, y nadie entonces haraganeaba; atravesaban las canales con aquellas vigas, atábanlas con bejucos, y así hicieron puente; tardaron en hacerla y en pasar dos días; hacía tanto ruido la agua entre aquellos ojos de la peña, que ensordecía los hombres; los caballos y puercos pasaron á nado por bajo de aquel lugar, que con la profundidad iba la agua mansa; fueron á dormir aquella noche á Teucix, una legua de allí, que son unas buenas caserías y granja, donde se tomaron veinte personas ó mas; pero no se halló comida que bastase para todos, que fué harto desconsuelo, porque iban muy hambrientos, como no habían comido en ocho días sino palmitos y sus dátiles magrillos, é yerbas cocidas sin sal. Aquellos hombres de Teucix dijeron que á una jornada el río arriba estaba un buen pueblo de la provincia de Tauicán, que tenía muchas gallinas, cacao, maíz y otros mantenimientos; pero que era menester tornar á pasar el río, y ellos no sabían cómo, por venir tan crecido y furioso. Cortés les dijo que bien se podía pasar, que le diesen una guía, y envió treinta españoles y mil indios; los cuales fueron y vinieron muchas veces, y proveyeron el campo, aunque con mucho trabajo. Estando allí en Teucix, envió Cortés ciertos españoles con un natural por guía, á descubrir el camino que habían de llevar para Azuzulin, cuyo señor se llamaba Aquiahuilquin; los cuales, á diez leguas, tomaron siete hombres y una mujer en una casilla, que debía ser venta, y volviéronse diciendo que era muy buen camino en comparación del pasado. Entre aquellos siete venía uno de Acalan, mercader, y que había morado mucho tiempo en Nito, donde estaban españoles, y que dijo cómo había un año que entraron en aquella ciudad muchos barbudos á pié y á caballo, y que la saquearon, maltratando los vecinos y mercaderes, y que entonces se salió un hermano de Acoxpalon, que tenía la factoría, y todos los tratantes; muchos de los cuales pidieron licencia á Aquiahuilquin para poblar y contratar en su tierra, y así estaba él contratando; pero que ya las ferias se habían perdido, y los mercaderes destruido, después que aque-